

REGION de LEVANTE

DIARIO LIBERAL

REDACCION Y ADMINISTRACION

PLAZA DE CETINA NÚMERO I (BAJO)

Murcia 9 de Marzo 1906

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En Murcia y fuera al mes UNA PESETA

NUM. 602

Otra interpelación

Sigue la fiebre de las interpelaciones. A las ya discurtidas, hay que agregar la que esplanó en la sesión de ayer en el Congreso el diputado republicano señor Soriano.

En general, los efectos que esta forma de oposición producen en el público, suelen ser contrarios á los propósitos de los autores.

Tienden estos á patentizar defectos, que empuñen á los hombres que merecieron la confianza del País, á aquellos á quienes sus méritos les elevará á los primeros puestos de la Nación, y la oposición se hace con tal apasionamiento que suele apartarse de sus límites verdaderos resultando contraproducente en la mayoría de los casos.

Anúnciase por regla general un tema de verdadero interés, sobre asunto que afecta en modo esencial á la vida de la Nación; espera el público tras las contras, soluciones, y todo se reduce luego á apóstrofes de mas ó menos gusto, á comentarios sobre cosas que en nada se relacionan con el asunto principal, á obsecuciones premisas y conclusiones que por su lógica parecen vaciadas en el molde de los temas del Ollendorf.

¿Cuales son las consecuencias de tales procedimientos? Que el público pierde su fe; que burlado, vuélvese contra los que intentaron reacciones engañosas y que las decepciones inician corrientes de protesta que al herir á aquel que las origina determina simpatías á favor de...

Con la última interpelación ha ocurrido algo así. Con bombos y platillos fué anunciada; hasta los corresponsales de provincias enviaron desde Madrid telegramas excitantes que despertaron nuestra proverbial curiosidad y luego el desencanto no ha podido ser mayor.

Por que esa interpelación no ha dado otro resultado que el de perder unas cuantas horas, que hacian muchísima falta para la solución de otros problemas de vital interés, puestos sobre el tapete, cuya solución se impone fatalmente.

Hora es ya de que variemos de conducta. Los escándalos, á nadie satisfacen como no sea á aquellos que los promueven.

Si en un tiempo, á raíz de nuestras desdichas nacionales, el dolor y la vista de sangre derramada infútilmente pudieron justificar los apasionamientos, los cargos y hasta las fábulas con que tratábamos de engañarnos á nosotros mismos, el tiempo no ha transcurrido en balde y es llegado el momento de que pensando con la frialdad y la seriedad de juicio precisas para hacer algo bueno, despreciemos añejas minucias para coadyuvar á la obra magna de la reconstitución de nuestra patria.

Hay que arrojar por la borda el cieno que nos entumece y nos asfixia, para que la prosperidad de la nación pueda hacerse efectiva; que así como el trabajo manual requiere ambiente sano, la política moderna necesita una atmósfera purísima, templada y favorable al desarrollo de lo bueno, de lo justo y de lo procedente.

CRÓNICA

LA CITA

Las campanas doblan tristemente, semejando sus sonos melancólicos en la lejania un angustioso lamento que los mortales envían, en la soledad de la noche, al tético recuerdo del pasado, para las almas que partieron de ras de la tierra, entre sollozos de angustia y desolación desgarradora de sus allegados más queridos.

Todo parece sumido en honda y dolorosa nostalgia, esta noche silenciosa, esta noche medrosa ó inquietante; la porfiada obscuridad reinante, ni siquiera

ra interrumpida por el misterioso titileo de las estrellas, dá un aspecto siniestro á las cosas. Yérguense los árboles seculares, sin caricias de viento arrullador, con frescura vivificante, como endriagos amenzadores que inspiran pavor en el ánimo más varonil y resuelto; parecen los carámbanos, sin blanca estela enervante reflejada al dulce beso de la Luna, senderos intransitables que, entre riscos y breñas, serpenteando la colina vertiginosa, van á estrellarse desde la cumbre al fondo del abismo; las lucecillas que brillan con parpadeo monótono ó irritante de trecho en trecho, á la vera de los miserables tabucos dormitando con sentimiento doloroso á gran distancia del poblado, recuerdan el fulgor siniestro de las pupilas de los monstruos y el terrorífico mirar de los espectros á través de las cuencas vacías de sus ojos que destellan resplandores de asua, ardoroso brillar de fuego.

Apenas las alimañas nocturnas, con sus roncos graznidos y sus gritos ensordadores interrumpen el extático silencio de esta noche angustiosa. De vez en cuando el rumoroso eco de la bullieiosa cascada llega á nuestros oídos confundidamente, con incertidumbre tal, que no se sabe si es la prolongación del lamento en el ambiente como una risa sarcástica acompañada de lágrimas de sangre. Y cuando la impresión librega de la nocturnidad medrosa domina á las almas, el reloj de la torre lanza su voz pregonera, acortando la vida de los mortales.

—Una... dos... y... exclama mi compañera.

—No cuentes amada mía, no acompañes con tu voz atiplada y tu acento embelesador—le interrumpo—ese anuncio fatidico del tiempo que acerca nuestras horas y mengua nuestros placeres.

Hagamos bella la vida; que los rojos clavos prendidos sobre el pecho, el día feliz de nuestra eterna unión, no se marchiten; aspiremos la fragancia de aquellas flores nupciales con ternura infinita, y, refresca, con el hábito perfumado de tu boca, aquel azahar bendito que yo besaba con loco frenesí con delirio amoroso de las ideas puras.

Esta noche tiene algo funesto para nosotros; temo por tí más que por mi vida; y el aullido lastimero del perro, bajo nuestra ventana, parece que anuncia la destrucción despiadada de este nido de amor, la invasora ola negra de la muerte, que te quiere arrebatarse de mis brazos; ¿lo oyes...? ¡Ah, sí... Ven á mí, aquí bien cerca, unamos nuestros corazones, sea nuestro amor una cadena de eslabones tan potentes que el choque abrumador del destino, el fuego y el agua, hasta la misma muerte, no puedan romper...

Así, así, prenda mía; tus lágrimas sean el bálsamo nostálgico de mi hora postrera, tu risa el último himno de despedida, fidelidad una gasa tenue, transparente, me sirva de sudario perpétuo en la tumba.

—¿Por qué me dices tantas cosas? ¿No ves que aumentas el irresistible poder del imán de mi cariño y que después... ¡ah, después! en aquella hora terrible de la separación será un suplicio desgarrador de entrañas, de destrucción de sentidos y nervios, irresistible aceramiento del corazón! Por nuestro amor, por nuestra gloria, hijo mío, no sigas. Deja que las lágrimas corran abundantes á lo largo de mis mejillas y que respire, que respire un poco este corazón tan dolorido que se ahoga por momentos...

—Descansa, noble amada mía, descansa.

Solo te pido una entrevista que no tenga fin, sin espasmos de materia, sin extertores de agotamiento.

—¿Me la darás bien mio? Di. Responde...

—Eso... eso... ¡quién sabe!

—Lo sé yo: esa entrevista será muy tierna, muy venturosa ¿La quieres?

—Sí.

—¿Cuándo? ¡Ah! ¡Cuándo!... ¡Cuándo!... Adelantémosla ya...

Mi voz cesó. La de mi amada también. Un estremecimiento convulsivo de todo mi ser, una sacudida brusca, me despertó y me hallé solo, completamente solo, entre cuatro paredes blancas, sentado sobre la cama, mirando de hito en hito la imagen del Redentor.

Mis sienes golpeaban dolorosamente: temblaba todo mi cuerpo, la frente bañada de sudor copioso...

¡Qué pesadilla tan horrible! ¡Aquella había sido una cita demasiado íntima que el cuerpo y el alma habían aplazado hasta la hora suprema de la muerte...

FEDERICO ORTEGA.

INSTANTANEA

¡AGUA...

A pesar de traer á Murcia á nuestra excelsa Fuensanta están los campos secándose sin una gota de agua.

Los propietarios que tienen grandes cosechas sembradas, apenas cogen del lecho al despertar de mañana, miran al cielo y lo encuentran sin ofrecer esperanzas de que revienten las nubes en lluvia copiosa y santa.

Ya sabe la Fuensantica que el llover nos hace falta; ya sabe que el pan del año está puesto en las entrañas de la tierra y es preciso que en granos fecundos salga.

Que no se tarde la lluvia para que crezcan los cereales esos tristes campesinos que esperan de ella esa gracia.

Me ha dicho un murciano viejo, cuya fe tiene probada, que á nuestra antigua patrona la Virgen de la Arrixaca le ha dicho ya varias misas para que ella traiga el agua, á ver si la Virgen vieja achica á la Generala.

Se han dividido los votos, y como nuestra Fuensanta siga sin cubrir el cielo una ó dos ó tres semanas, la Arrixaca va á ganarse la gloria de Generala.

Cada cual apela á un medio para que el chubasco caiga: uno que no sabe música, pasa las horas en casa y las teclas del piano con un solo dedo amaga; toca el vals de la gólera y ni aun así llama al agua.

Pero yo si tengo un medio que de fijo resultara: tengo un amigo poeta que presume de garganta, Bojart, al que muchos íntimos le dicen el «hombre-estátua»; pues con subirlo á la torre y que Marina entonara estaba lloviendo un siglo, tres meses y dos semanas.

PLACIDO ROJER DE LARRA.

ACTUALIDAD

LA CRISIS FRANCESA

Apenas hace un mes que Mr. Fallieres es presidente de la vecina República y ya ha dado con el escollo difícil de una crisis total.

En la Cámara de los diputados ha sido denegado un voto de confianza para Mr. Rouvier y sus ministros. El gobierno en pleno ha presentado la dimisión y el anciano presidente de la República la ha admitido.

Y ahora comienza para este la lucha continua y fatigosa que supone la solución de una crisis en las circunstancias actuales y nacida por los motivos gravísimos que la han hecho surgir.

El radicalísimo proceder de Mr. Rouvier en la cuestión religiosa ha dado origen á una situación anormalísima y

que se ha hecho ostensible al proceder al inventario de las iglesias.

Esto ha provocado protestas que en numerosos casos han producido derramamiento de sangre.

Estas divergencias traducidas públicamente han ido germinando en la Cámara francesa, poco á poco se han creado su ambiente y el resultado es el que hoy se toca: la crisis total del Gobierno francés.

Crisis de solución tanto más difícil cuanto que en ella se han de atender á diferentes circunstancias.

¿Convendrá un gobierno que apoye y continúe los radicalismos de Rouvier?

¿Es necesario un gabinete de temperamento más pacífico y que evolucione con la prudente calma?

Estas son las preguntas en las cuales, á nuestro juicio, se pueden condensar las dificultades que entraña la solución de la presente crisis francesa.

Mr. Fallieres en el primer mes de su presidencia tropieza con un problema difícilísimo.

En él está encarnado el espíritu nacional que es el que hay que comprender cuando se rigen los destinos de una nación.

R. PONTONES.

Colegios para huérfanos del Magisterio

En la sesión celebrada por la Sociedad Española de Higiene el martes 6 del corriente, los doctores Mariscal y Montaldo leyeron el informe que la Real Sociedad de los Colegios para Huérfanos del Magisterio había pedido á la sabia Corporación, para, con arreglo á él, comenzar la instalación de sus colegios.

El trabajo de los señores Mariscal y Montaldo honra á la eminente y sabia Sociedad á que pertenecen, por la riqueza de consejos que encierra, las prescripciones higiénicas que determina y el cariño que revela hacia los niños que han de ser objeto de los cuidados de la Real Sociedad.

El doctor Ovilo pidió que, dada la importancia que para las escuelas de España tenía el brillante informe presentado, se imprimiera por cuenta de la culta Sociedad Española de Higiene y se repartiera con toda profusión entre los centros docentes primarios. El acuerdo aceptando la proposición del doctor Ovilo fué tomado por unanimidad.

La Real Sociedad tiene verdadero orgullo en haber dado motivo con su petición para que las escuelas españolas reciban el beneficio que seguramente ha de reportarles el luminoso informe de la Sociedad Española de Higiene.

CUENTO DIARIO

Lo imprevisto

El viejo Antonio no había sido siempre un pobre hombre. En otro tiempo conquistó el amor de una mujer, Juana Ruiz, y un niño fué el fruto de esos amores secretos.

Trágicas aventuras habían separado á los amantes; pero Antonio se había arreglado siempre para no perder de vista á Juana y á su hijo Enrique, que á la sazón contaba veinte años.

Ese día (en ausencia de su principal) el viejo Antonio, agitado por la más dolorosa emoción, se revolvió entre la caja de hierro, los cartones empolvados y la masa cargada de papelotes. La vispera, Enrique, sin sospechar que el viejo Antonio fuese su padre, había estado en ese mismo despacho á tratar de negociar un préstamo de 5.000 pesetas. De no hallar esa suma, Juana se vería sin recursos para vivir y bajo el peso de una condena judicial.

Desgraciadamente, en esta espantosa situación las garantías ofrecidas por Enrique eran insuficientes, y el principal á quien servía Antonio rehusaba despiadadamente el menor préstamo. Quedaba una partida desesperada que jugar; había que robar las 5.000 pesetas allí, en la caja de hierro. Sí; pero había que desaparecer en seguida. A esto se resignaba fácilmente el viejo Antonio; ya no le importaba la vida. Entonces surgía una cuestión terrible para resolver: sin

pérdida de tiempo; cómo desaparecer? La prórroga concedida á su querida Juana expiraba al segundo día. Las tres habían sonado hacia ya rato; dentro de algunos minutos Enrique se presentaría para recibir la respuesta del usurero; había que decidirse.

El viejo Antonio se sentó cerca de la chimenea sin fuego; por costumbre extendió sus piernas hacia el establo lleno de cenizas frías; la caja de hierro estaba á su izquierda, cerrada, frente á la chimenea; á su izquierda también la mesa de despacho tocando una de sus puntas con la ventana desprovista de visillos. Los cristales, hasta el nivel de la mesa, eran esmerilados; una claridad gris de invierno entraba mezquinamente por los vidrios superiores.

Entonces sus sentimientos hacia Enrique se precisaron de un modo extraño, le amaba tanto como el mejor de los padres, y estaba vagamente irritado contra él.

Desde la adolescencia, Enrique manifestaba un orgullo altamonte desagradable. Enrique, hijo ilegítimo, sin recursos, vivía á cargo de su madre en la ociosidad (salvo algunos estudios clásicos). Se presentaba con la apariencia y las maneras despreciativas de un lord millonario.

El viejo Antonio no le perdonaba, especialmente, el tono de profundo desprecio que había empleado tan tontamente hacia él en esta cuestión del préstamo, en la que debía por el contrario haber empleado una hábil obsequiosidad.

En consecuencia, Antonio quería rebajar á Enrique, quería obligarle á servirle por sí mismo; renunciaba á molestarse por ese caballero. Entre estas dos soluciones, Antonio robando los 5.000 francos, y suicidándose, ó bien un tercero robando los 5.000 francos y asociándole á él, el viejo Antonio creía que Enrique en persona debía tomarse la pena de ejecutar este segundo programa.

Cuanto más reflexionaba, más necesaria le parecía esta solución. En interés del mismo muchacho había que obligarle á la acción; había que transformarle de un golpe, formarle el carácter. Y también por interés de su madre... porque ella había de quedarse con Enrique por único sostén. Determinados actos le hacen á uno fuerte para toda la vida; cuánta gente que ha llegado han dado por base á su fortuna un crimen audaz!

Había también un motivo de sentimentalismo personal: podía dudar el viejo Antonio entre el frío glacial del río donde ahogarse y el dulce calor de las manos de Enrique?... Porque seguro de la extrangulación, excluyendo todo otro procedimiento criminal. ¿Por qué? Una de esas intuiciones que no engañan; ayer, á pesar de su displicencia, Enrique le había tendido su mano fina, enguantada; el apretón nervioso y fugitivo era terriblemente significativo.

Por último, el viejo Antonio tenía una razón última, suprema y afictiva para sacrificarse: Enrique, semejante á tantos jóvenes devorados por las necesidades superiores á sus recursos, iba derecho al crimen, desembocaba en él por un encadenamiento fatal; estaba hacia mucho tiempo decidido; no hacía más que dilatarlo. La sagacidad paternal adivinaba todo esto.

El viejo Antonio debía ser la víctima: podía adivinar cómo saldría Enrique del lance siendo la víctima otro? Podía tomar mal sus precauciones... Aquí nada le haría traición... Hasta algunos papelotes estaban preparados para despistar en absoluto las indagaciones policíacas...

El viejo Antonio acababa, sin levantarse, de hacer jugar el secreto de la caja de caudales, cuando se abrió la puerta, y en el umbral apareció Enrique, rubio, delgado, alto, casi imberbe; llevaba un sombrero hongo, un abrigo negro con cuello de piel, unos guantes de piel gris oscura.

—Entre usted, joven, siéntese—dijo el viejo Antonio volviéndose.

—Inútil—respondió secamente Enrique;—pido un sí ó un no, y no tengo tiempo que perder.

Avanzó, sin embargo, y empujó la puerta.

—Un minuto, joven; tengo los 5.000 francos; pero las garantías son insuficientes. ¿Tiene usted algunas más sólidas?

—Ningunas más que las dichas.

Como Enrique hacía el ademán de irse, el viejo Antonio abrió la puerta de la caja de caudales y enseñó el interior de la misma.

—¡Qué lástima!... No tenía un cuarto de más; pero, en fin, ahí estaba la suma...

Enrique, de pie, á tres pasos de Anto-

